

y al hombre. Dios no es perfecto, si no ama de una manera infinita; el orden no existe en el universo, si no hay en él nada que manifieste ese amor; y en cuanto al hombre, el desorden en que está puesto es tan invencible, que no puede salvarse no siendo amado infinitamente.

Y no se diga que Dios es infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, y que el amor va supuesto y como escondido en su infinita bondad y en su infinita misericordia; porque el amor es de por sí cosa tan principal, que cuando existe, á todas las otras las domina y señorea. El amor no es contenido, es continente; se declara, no se esconde: tal es su condicion, que no puede estar en ninguna parte sin que parezca que está solo y que todo lo avasalla. Él lleva de suyo no ordenarse á ningun fin, y ordenar á sí todas las cosas. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece; y para ser infinito el amor, ha de parecer una infinita locura.

Hay una voz que está en mi corazon y que es mi mismo corazon, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conocer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él: y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar, y padecer desmayos de amor, y estar desmayado así perpétuamente. Nadie me llame á sí si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas si la voz que escucho es voz de amor, héme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adonde va, ni á qué parte me lleva; porque adonde quiera que me lleve y adonde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor, y nuestro amor él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quien amar de esta manera, y aun por eso me deshago y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir por otras regiones y para subir á otras alturas?

## CAPÍTULO VIII.

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, Y DE LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

DE dos problemas digimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el orden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricacion primitiva, la cual le sirvió de ocasion para manifestar dos de sus mas grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante sin embargo: convenia ademas, para que en las cosas de la creacion, y especialmente en las humanas, hubiera aquel orden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricacion fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquiera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pié, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene mas á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á

un mismo tiempo potentísima y elementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable condicion, que pudieran trasformarse en instrumento de su propia salvacion las consecuencias de su pecado. Borrar el pecado y fortificar al pecador hasta el punto que pudiera levantarse libre y meritoriamente estando caído: este es el gran problema que es necesario resolver, aun después de resueltos todos los otros, si el Catolicismo ha de ser otra cosa que uno de los muchos sistemas laboriosamente imperfectos que vienen dando testimonio de la profunda y radical impotencia de la razon humana.

El Catolicismo resuelve estos dos grandes problemas por el mas alto é inefable, é incomprendible y glorioso de todos sus misterios: en ese altísimo misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia; y sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones, el cual manda con imperio, á un tiempo mismo, á su misericordia ser misericordiosa, á su justicia ser justa, á su bondad ser buena, á su sabiduría ser sabia, y á su omnipotencia ser omnipotente; porque Dios no es ni omnipotencia, ni sabiduría, ni bondad, ni justicia, ni misericordia: Dios es amor, y nada mas que amor; pero ese amor es de suyo omnipotente, sapientísimo, buenísimo, justísimo y misericordiosísimo.

El amor fué el que mandó á su misericordia dar al hombre prevaricador y caído la esperanza, con aquella divina promesa de un futuro redentor, que vendria al mundo para tomar en sí y para vencer al pecado. El amor fué el que le prometió en el paraiso, el que le envió á la tierra y el que vino: el amor fué el que tomó carne humana, y vivió vida de hombre mortal, y murió muerte de cruz, y resucitó después en su carne y en su gloria. En el amor y por el amor somos salvados todos los que somos pecadores.

El gloriosísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios es el único título de nobleza que tiene el género humano. Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos

muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida mesura con que proceden en este negocio. Tomando al hombre despeñado ya por su culpa de aquel primitivo estado en que le puso Dios, de justicia original y de gracia santificante; examinado por dentro en su constitucion orgánica, imperfectísima y contradictoria; y cuando se consideran la ceguedad de su entendimiento, la flaqueza de su voluntad, los torpes arrebatos de su carne, el ardor de sus concupiscencias y la perversidad de sus inclinaciones, no acierto á concebir ni á explicar esa parsimonia de vilipendios y esa mesura en los desdenes. Si Dios no ha tomado la naturaleza humana; si tomándola en sí, no la ha levantado hasta sí; y si levantándola hasta sí, no ha dejado en ella un rastro luminoso de su nobleza divina, es fuerza confesar que para expresar la vileza humana faltan vocablos en los idiomas de las gentes. Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linaje humano, el reptil que piso con mis piés, seria á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun así y todo, el punto de fé que mas abrumba con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, y que quiero alcanzar y no alcanzo. En vano aparto los ojos llenos de espanto y de horror de los anales del crimen, para ponerlos en esferas mas altas y en regiones mas serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias; porque mi conciencia levanta su voz y me dice que todas esas heróicas virtudes se resuelven en vicios heróicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego ó en una ambicion insensata. El género humano aparece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los piés de sus héroes, que son sus ídolos; y los héroes, como ídolos, que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele. Ninguno puede negar esa revelacion y afirmar su propia nobleza. ¿De dónde

sabe que es noble, si Dios no se lo ha dicho? Una cosa excede mi razon y me confunde: que haya quien piense que se necesita una fé menos robusta para creer en el incomprendible misterio de la dignidad humana, que para creer en el misterio adorable de un Dios hecho hombre, por la virtud del Espíritu Santo, en las entrañas de una vírgen. Esto prueba que el hombre vive siempre sujeto á la fé; y que cuando parece que deja la fé por su propia razon, no hace mas sino dejar la fé de lo que es divinamente misterioso, por la fé de lo que es misteriosamente absurdo.

La encarnacion del Hijo de Dios fué convenientísima, no solamente en calidad de manifestacion soberana de su infinito amor, en el cual está la perfeccion, si puede decirse así, de las divinas perfecciones, sino tambien en virtud de otras profundas y altísimas consecuencias. El órden supremo de las cosas no puede concebirse, si las cosas todas no se resuelven en la unidad absoluta. Ahora bien: sin aquel prodigioso misterio, la creacion era doble y el universo un dualismo, símbolo de un antagonismo perpétuo, contradictorio del órden. De un lado estaba Dios, tésis universal; y de otro las criaturas, su universal antítesis. El órden supremo exigia una síntesis tan poderosa y tan ancha, que bastara á conciliar por medio de la union la tésis y la antítesis del Criador y las criaturas. Que esta es una de las leyes fundamentales del órden universal, se ve claro cuando se considera que ese mismo misterio que en Dios nos causa maravilla, sin admirarnos está patente en el hombre. El hombre, considerado bajo este punto de vista, no es otra cosa sino una síntesis, compuesta de una esencia incorpórea, que es la tésis, y de una antítesis, que es su sustancia corpórea. El mismo sér que, considerado como un compuesto de espíritu y de materia, es una síntesis, no es mas que una antítesis que es necesario reducir á la unidad por medio de una síntesis superior, juntamente con la tésis que le contradice, cuando se le considera en calidad de criatura. La ley de la reduccion de la variedad en la unidad, ó lo que es lo mismo, de todas las tésis con sus antítesis en una síntesis suprema, es una ley visible é indeclinable. La dificultad aquí está solo en hallar esa suprema síntesis. Estando de

un lado Dios, y de otro todas las cosas criadas, es una cosa evidente que aquí la síntesis conciliadora no puede buscarse fuera de estos términos, fuera de los cuales no hay nada que se pueda imaginar, siendo como son universales y absolutos. La síntesis, pues, habia de encontrarse en las criaturas ó en Dios, en la antítesis ó en la tésis, ó bien en una y en otra simultánea ó sucesivamente.

Si el hombre hubiera permanecido quieto en aquel estado excelente y en aquella condicion nobilísima en que fué puesto por Dios, la variedad hubiera ido á perderse en la unidad, y la antítesis creada se hubiera unido con la tésis creadora en una suprema síntesis por la deificacion del hombre. A esta deificacion futura fué dispuesto por Dios cuando le adornó con la justicia original y con la gracia santificante. El hombre, en uso de su libertad soberana, se despojó de aquella gracia y renunció á aquella justicia; y despojándose de la una y renunciando á la otra, puso impedimento á la divina voluntad, renunciando á su deificacion voluntariamente. Empero la libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la realizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto. La reduccion de la variedad en la unidad; eso era lo que habia de absoluto en la voluntad divina: la reduccion por medio exclusivo de la deificacion del hombre; eso es lo que habia en ella de relativo y contingente; lo cual quiere decir, que Dios quiso el fin con una voluntad absoluta, y el medio de alcanzar ese fin con una voluntad relativa; y en esto, como en todo, resplandece la sabiduría de Dios con un resplandor inefable. En efecto; sin lo que habia en su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de contingente y de necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberanía de Dios y la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no sería de cierta manera.

Entonces sucedió que el orden universal, querido por Dios con una voluntad absoluta, hubo de realizarse por la humanización inmediata de Dios, no pudiendo realizarse por la deificación inmediata del hombre, la cual fué de todo punto imposible, primero, con una imposibilidad relativa á causa de su voluntad, y despues con una imposibilidad absoluta á causa de su pecado.

Ya en otra ocasion me propuse demostrar, y demostré cumplidamente, cuán grande es el alcance y la universalidad de las soluciones divinas, las cuales, al revés de lo que se observa en las humanas, no suprimen un obstáculo para ir á dar en otro mayor, ni resuelven una dificultad para caer en otra mas grande, ni esclarecen un problema bajo un punto de vista para dejarle mas oscuro que antes, mirándole por otro lado; sino que, por el contrario, suprimen de una vez todos los obstáculos, resuelven á un tiempo mismo todas las dificultades, y esclarecen todos los problemas de un solo golpe, con un esclarecimiento simplicísimo. Y esto que se observa en todas las divinas soluciones, se observa mas particularmente todavía en esta que tratamos relativa al misterio adorable de la Encarnación del Hijo de Dios; porque al propio tiempo que fué el medio soberano de reducirlo todo á la unidad, condición divina del orden en el universo, fué tambien un medio maravilloso de restaurar el orden en la humanidad caída. La imposibilidad radical en que quedó el hombre de volver por sí solo á la amistad y gracia de Dios, despues del pecado, está confesada por aquellos mismos que niegan el Catolicismo en la mayor parte de sus dogmas. Mr. Proudhon, el hombre mas docto de las escuelas socialistas, no vacila en afirmar que, supuesto el pecado, la redención del hombre por los méritos y trabajos de Dios era de todo punto necesaria; como quiera que el hombre pecador no podia ser de otra manera redimido. Por lo que hace á los católicos, no vamos tan allá, afirmando solamente que esta manera de redención, sin ser necesaria ni la única posible, es sin embargo, adorable y convenientísima.

Por aquí se ve que Dios se dió traza para vencer con una misma industria, así el obstáculo que se oponia á la realización del ór-

den universal, como el que impedia el orden humano. Haciéndose hombre sin dejar de ser Dios, unió sintéticamente á Dios y al hombre; y como en el hombre estaban ya sintéticamente unidas la esencia espiritual y la sustancia corpórea, resultó de aquí que Dios hecho hombre reunió en sí, por una altísima manera, por un lado las sustancias corpóreas y las esencias espirituales, y por otro, al Criador de todo con todas sus criaturas. Al propio tiempo, padeciendo y muriendo voluntariamente por el hombre, echó sobre sí, quitándosele á él, aquel pecado primitivo por el cual padeció corrupción y fué condenada á muerte en Adán toda su raza.

Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece, al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenación en Adán, nada mas razonable y conveniente sino que todo él se salvara en otro Adán mas perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad, que fué ley de justicia; nada mas razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad, que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los méritos de un sustituto. Nada mas ajustado á la ley de razon, sino que, siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenación con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque, aun suponiendo por vía de argumentación que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra, que la completa y la explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad; porque es insigne mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso calificada locura.

Restablecido el orden en el universo por la union de todas las cosas en Dios, y el orden en la humanidad en cuanto estaba impe-

dido por el pecado, solo falta para restablecer el segundo completamente, por una parte poner al hombre en estado de levantarse sobre sí mismo hasta el punto de aceptar las tribulaciones con una aceptacion voluntaria, y por otra dar á esa aceptacion una virtud meritoria. A ambas cosas ocurrió Dios con este divino misterio, en sus consecuencias fecundísimo, y en sí mismo admirable. La sangre preciosísima derramada en el Calvario, no solo borró nuestra culpa y satisfizo nuestra pena, sino que por su inestimable valor nos puso, siéndonos aplicada, en estado de merecer galardones; por ella se nos dieron dos gracias juntamente: la que consiste en aceptar la tribulacion, y aquella en virtud de la cual la aceptacion, alegremente aceptada en el Señor y por el Señor, adquiere una virtud meritoria. En esto consiste la suma de la Religion católica: en creer con firmísima fé que naturalmente nada podemos, y que lo podemos todo en aquel y por aquel que nos fortifica. Todos los otros dogmas sin este son puras abstracciones, desnudas de toda virtud y eficacia. El Dios católico no es un Dios abstracto, ni un Dios muerto; es un Dios vivo y personal, que obra perpétuamente fuera de nosotros y en nosotros; que al mismo tiempo que está en nosotros contenido, nos circunda y nos contiene. El misterio que nos mereció la gracia, sin la cual andamos como perdidos y en tinieblas, es el misterio por excelencia; todos los otros son adorables, encumbrados y altísimos; este solo es el encumbrado, porque sobre él no hay ninguna cumbre; el altísimo, porque sobre él no hay ninguna altura; y porque sobre él no hay nada digno de adoracion, el adorable.

El día eternamente alegre y eternamente lloroso en que el Hijo de Dios hecho hombre fué puesto en una cruz, todas las cosas á la vez entraron en orden, y en ese orden divino la cruz se levantó sobre todas las cosas criadas. De ellas, unas manifestaban la bondad de Dios, otras su misericordia, otras su justicia. Solo la cruz fué el símbolo de su amor y la prenda de su gracia. Por ella confesaron los confesores, y fueron castas las vírgenes, y vivieron vida angélica los padres del yermo, y fueron los mártires testigos firmes que pusieron sus vidas al cuchillo con varonil y constantí-

simo semblante. Del sacrificio de la cruz procedieron aquellas portentosas energías con que los flacos asombraron á los fuertes, con que los proscriptos y desarmados subieron al Capitolio, con que unos pobres pescadores vencieron al mundo. Por la cruz alcanzan victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la piden, y amparo todos los desamparados, y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran. Desde que se levantó la cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aun vive aquí por la tribulacion, está ya allí por la esperanza.